



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

¿QUÉ ES UN TAMAÑO?

Bellaluz Gutiérrez De la Torre

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes y Arquitectura, Departamento de Bellas Artes
Bogotá, Colombia

2013

¿QUÉ ES UN TAMAÑO?

Bellaluz Gutiérrez De la Torre

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Teatro y Artes Vivas

Directora: Adriana María Urrea Restrepo
Filósofa

Línea de Investigación:
Performance-Instalación y Danza Contemporánea.

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes y Arquitectura, Departamento de Bellas Artes
Bogotá, Colombia

2013

A Liouba y sus imparables cambios de tamaños.

Agradecimientos inmensos a Adriana Urrea, Rafael Arévalo, Colín Gavignet, Denise De la Torre, Constantino Gutiérrez, Heidi Abderhalden, Yolanda Torres, Sofía Mejía, Laura Benavides, Lina Herrera, Calafía Piña.

Resumen

Momentos vividos desde el cuerpo, entre ellos el aumento de volumen corporal por el inicio de un embarazo y 37 años de vivencias redimensionaban la realidad: la pequeña se hizo grande y hasta comienza a envejecer, lo amorfo se hace forma y lo liviano empieza a tener peso. De igual forma, los lugares que habían sido habitados años atrás se re-dimensionaban, pedían crear conexiones con el futuro, con esa vida que se iba gestando y con el pasado, aquel que había rodeado la infancia y que a ratos se mostraba desdibujado por la lejanía y el tiempo. Cuerpo, casa, imaginación del futuro, pasado borroso, todo se empezaba a unir y a resignificar a partir de las dimensiones. Así surge la primera imagen que ha acompañado buena parte de este trabajo creativo, el cuerpo-piñata. Un cuerpo que tiene la necesidad de cargar y trasladar su entorno, su pequeño mundo. El cuerpo se convierte en casa, en recuerdo, en la puesta en escena de un territorio de la memoria que brota a menara de pequeñas figuras y de historias inventadas, que tratan de explicar las razones por las cuales las cosas se hicieron pequeñas o más grandes, estableciendo una relación entre la memoria, las dimensiones y el cuerpo.

Palabras claves: memoria, dimensiones, recuerdo, casa, infancia, danza contemporánea.

Abstract

Moments which were experienced from within the body, such as the body's increasing volume due to a developing pregnancy and 37 years of experience give a new dimension to reality: the little one became big and even started to become old, from shapelessness came form and the weightless became heavy. In the same way places that were lodged in one's memory changed dimensions, tried to create links with the future, with this life which was developing, and the past, the things that had been part of childhood and that were erasing in time and distance. Body, home, imagining the future, a distant past, everything seemed to connect and create new meaning, a new dimension. This is how the first image of this work was born, a piñata body, a body which has to carry and transport its own environment, its little world. The body transforms into a home, memories, the scene to a land of memories, which boils into little figures and invented stories which try to explain why some things became small or others grew creating a link with memories, dimensions and the body

Keywords: Memory, dimensions, remembering, home, childhood, Contemporary dance.

Contenido	pág.
Resumen.....	5
1. Un milagro.....	8
2. ¿Qué es reflexionar, qué es pensar?.....	8
3. El gesto y la palabra.....	10
4. ¿Qué es un tamaño?.....	11
5. Exploración: cuerpo-piñata.....	13
6. Mundos pequeños que tienen ínfulas de ser grandes.....	15
7. Inventario.....	16
8. El recuerdo y la distancia.....	17
9. El alma y el cuerpo	19
10. Los pies.....	20
11. ¿Es esto también recordar?.....	22
12. Pasar del silencio a la palabra tomó tiempo.....	24
Bibliografía.....	27

Un milagro:

En Baranoa, el cura había mandado a traer la estatua del santo que sería el patrón del pueblo. Cuando ésta llegó en plena misa del sábado, el cura se dio cuenta de que no era el santo que había esperado, así que pidió ayuda y entre todos los creyentes que asistían a la misa la tomaron, la cargaron y hasta la empujaron, pero ésta se hizo tan grande que no la pudieron sacar por la puerta principal, que era la más alta de la iglesia. Así que desde ese día decidieron que Santa Ana fuera la patrona del pueblo.

A la hora de pensar en referentes, reflexiones y apoyos teóricos, es la vida misma la que se presenta. Recuerdos de momentos que han pasando, la vida del pueblo haciendo guiños a manera de estatus teórico referencial de una tesis de maestría...

¿Qué es reflexionar, qué es pensar?

Entre la lucha de configuración de un mundo creativo y la escritura que la sustente, se abre una posibilidad no reconocida por mí y que ahora se deja ver en toda su magnitud: la presencia de una oralidad en la familia que ha hecho que no sea claro quién es la fuente del relato y del conocimiento. Se contaban muchas historias, que iban de la imaginación, a pequeñas leyendas, hasta llegar a la configuración de elucubraciones conceptuales. Estas posibilidades y variantes de estilo dependían de la habilidad del contador, del momento y de sus escuchas.

Se gestó toda una estirpe de contadores, la mayoría de ellos hombres: Costa, el abuelo, Tino, su hijo, Urbina, el mejor amigo de Tino, es decir casi un tío, Luc, el hijo de Tino, Bella, la nieta de Costa, la casi sobrina de Urbina, la hija de Tino, la hermana de Luc y la estudiante de la Maestría Interdisciplinar de Teatro y Artes Vivas de la Universidad Nacional de Colombia, la bailarina. Sí, la bailarina que años atrás también estudió Literatura.

Quema de la Iglesia y la mirada de Santa Ana

Hacia los años treinta, el pueblo estaba dividido en liberales y conservadores. Los que vivían en la plaza alrededor de la iglesia y los que le daban la espalda a la virgen de Santa Ana, la patrona del pueblo. Costa hacía parte de los católicos y por esta razón de los que vivían cerca a la plaza y que iban a misa los domingos.

Uno de esos días de misa contó Costa que se quedaron encerrados, que nadie podía salir, que empezó a haber

fuego, humo, caos y desespero. Todo el mundo rezaba y no entendían por qué podía pasar esto en el lugar más sagrado y de mayor protección del pueblo. Pero en un momento de gran efervescencia política parecía que la religión y sus dioses perdían su poder: Los Liberales incendiaban la iglesia y con ella al montón de católicos que buscaban la escucha divina, mediada por la patrona del pueblo, Santa Ana.

Algunos murieron, otros se volvieron locos con el recuerdo de este momento, pero Costa se salvó, lo salvó Santa Ana con su mirada. Ella le indicaba con sus ojos por dónde ir, dónde esconderse, cómo salir.

Él le contó esto a Tino cuando era pequeño, un día antes de que se lo llevaran a Ciénaga a estudiar en uno de los mejores colegios de la región. Para recibir tan alta educación, Tino tuvo que pagar un precio un poco caro: vivir sin Mélida ni Costa desde los 5 años.

Cuando Tino inició su viaje en busca del conocimiento y desprendimiento de su familia, no podía dejar de llorar y de pensar todo el tiempo en Mélida. A ratos también soñaba que Mélida aún lo cargaba y lo mecía mientras atravesaba la Ciénaga Grande, esa inmensidad de agua dulce y salada que lo llevaría a donde su tío Paco, director del colegio y de la logia masónica de la costa Atlántica.

En los sueños, Mélida le hablaba, lo tranquilizaba, le explicaba por qué tenía que irse del pueblo, por qué era importante que estudiara, y le decía que recordara a Santa Ana en los momentos de temor y que no se dejara asustar y convencer por el tío Paco que ya no creía en religiones y dioses.

Tino llegó a ese colegio, lloraba, pedía estar con los papás pero ya no podía regresar, así que sus sueños se convirtieron en batallas de recuerdos y explicaciones. En ellos Santa Ana siempre aparecía, como también la quema de la Iglesia, el abuelo corriendo, Mélida meciéndolo y el tío Paco hablando de lo innecesario de las religiones.

Todo esto duró como 3 semanas de sueños y viglias, hasta ese amanecer en que por la rendija de la puerta se fue metiendo poco a poco una tela de pedazos azules y rosados. Era Santa Ana que llegaba, se desplegaba y se le mostraba en toda su magnificencia de la gran abuela celestial, pero ella no le hablaba, solo se hacía grande y más grande, hasta que logró ocupar todo el espacio, todo el dormitorio y solo Tino se daba cuenta de esto, hasta que decidió salir para no morir bajo el peso de la Santa.

Ahora Tino le cuenta esta historia a Bella, pero en ese momento Bella era Bellita.

De todo esto Bellita solo escuchaba ruidos en lugar de palabras, y de los problemas de liberales y conservadores, del tío Paco, la abuela, y el abuelo solo le inquietaba la Santa, esa que se hizo grande y que estaba y sigue estando de blanco cal pegada a la entrada y encima de la puerta principal de la Iglesia y que la mira cada vez que se pasea frente a la Iglesia.

Sí. Heme aquí. Heredera de historias, pero también de la imposibilidad de poder contarlas. Nací con una gran timidez que ha hecho que la palabra se convierta preferiblemente en movimiento. Bellita no lloraba, no pedía comer, solo observaba. La gente decía, ahí va Bellita, la niña que da pasos muy lentos para no levantar el polvo de las calles cuando camina.

El silencio permitió disfrutar pequeñas soledades, como comer fósforos a escondidas, recoger hojas de almendros para pisarlas y no ensuciar las suelas de los zapatos nuevos, coger piedras para limpiarlas, guardarlas, botarlas y recogerlas nuevamente.

Bellita tomó conciencia por primera vez de esta imposibilidad y habilidad a la vez. Cuando le gritaron que sus papás eran hippies y en lugar de negar a muerte esta gran verdad, optó por el cuerpo, por la acción: llevó al piso a su vecinita tomándola de los cabellos. Ahí nació la danza. ¿Para qué hablar si un gesto puede transmitir, como lo hizo en este caso, la furia de un honor cuestionado?

Pasar del silencio a la palabra tomó tiempo.

Ahora, como heredera de historias, la memoria se vuelca a los recuerdos alterados, a la casa, a la infancia.

El gesto y la palabra

¿De qué hablar?

Esta pregunta busca una respuesta que es interrumpida por el hecho de querer mirar los pies y no poder hacerlo. Lo impide una barriga que tiene como destino crecer durante 9 meses.

Así que ahí estoy nuevamente ante el silencio de la palabra y la conmoción del cuerpo, en el inicio de un embarazo y en la proximidad de los 40 años.

¿Qué es un tamaño?

La unión del aumento de volumen corporal, 37 años de vivencias y la constante reiteración de un pensamiento, que ha girado en torno a la imaginación y las historias contadas por la familia, ahora pendulan entre el pasado y un futuro que redimensionan la realidad: la pequeña se hizo grande y hasta ya comienza a envejecer, lo amorfo se hace forma y empieza a crecer en el vientre, y lo liviano toma peso: el cuerpo que hábilmente se movía, ahora se hace más lento y cauteloso. Y creo que es en este punto en donde se inicia una conversación inconsciente con la lectura de *Alicia en el país de las maravillas*, sí, de Alicia en su tierra maravillosa, que se hacía grande y se hacía pequeña cuando no podía alcanzar un espacio y al antojo de las galletas que comía.

Alicia abrió la puerta y se encontró con que daba a un estrecho pasadizo, no más ancho que una ratonera. Se arrodilló, y al otro lado del pasadizo vio el jardín más maravilloso que os podéis imaginar. ¡Que ganas tenía de salir de aquella oscura sala y de pasear entre aquellos macizos de flores multicolores y de aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por la abertura. “Y aunque pudiera pasar la cabeza” pensó la pobre Alicia “de poco iba a servirme sin los hombros.” ¡Cómo me gustaría poderme encoger como un telescopio!. Creo que podría hacerlo, solo con saber por dónde empezar. (Carroll, 2003, p. 10)

Los espacios le exigían a Alicia un tamaño adecuado, una adaptación física y mental para poder habitarlos y entrar en diálogo con todo lo que sucedía en ellos. Ahora mi espacio era la barriga. Esta crecía y crecía junto con preguntas y dudas.

¿En qué momento pararía de crecer, de engordar, de dormir, de bostezar y de comer?

Por primera vez me daba cuenta de que algo crecía. También me daba cuenta de que ese ser reorganizaba la realidad: cuando la gente se acercaba a saludar ya mis ojos no estaban en mi rostro sino en la barriga; la gente me miraba allí y saludaba, o si saludaban con apretón de manos, estas también iban a la barriga, y mis manos dejaban de estar en los brazos para pasar a la barriga, a la gran barriiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiga.

La historia del gato

Si al despertarte te encuentras que tu gato ha crecido y que tiene el tamaño de una pantera ¿qué harías?

¿Te asustarías? ¿Irirías hacia él y le hablarías con tu voz pequeña mientras le haces caricias sobre su barriga?

¿Estarías segura de que estás ante el mismo gato y que su tamaño no importa, que la alteración de las dimensiones no altera tu cariño hacia él y que nada hará que crezca en ti un sentimiento de peligro y de temor?

Cuando regresé a visitar a mis abuelos me di cuenta de que había pasado lo mismo, pero conmigo. El pozo realmente sí tenía fondo, el bosque era apenas un matorral de matas de toronjil y el camino sin fin se estrellaba contra la paredilla blanca de los vecinos que vivían al otro lado de la cuadra.

En ese momento empecé a entender que entre la vejez y los tamaños de las cosas había una relación muy estrecha. Esto se debe a que cada vez hay menos espacio para ubicar los momentos en la cabeza y los ojos ayudan al cerebro a aminorar los tamaños, para que la realidad y todo lo que ha pasado alcance a ser percibido por nosotros.

Ahí agradecí que no fuera tan grande el patio de los abuelos, aunque añorara las grandes maratones que hacíamos del portón verde al desagüe de la cocina, ya que el desamor que tuvieron mis abuelos y mi tía hacia mí, también era pequeño, como también el temor al haberme enterado de que no estaba bautizada, o la vergüenza que sentí cuando me dijeron que mi papá había sido llevado al calabozo disfrazado de tigre.

¡Ahhh! La Bellaluz con barriga, sin barriga, claro que es la misma. ¿Sí? ¿La misma? ¿Qué pasa con esta barriga, que se convierte en ojos y en manos que saludan?

Ahora es un cuerpo mutante que también se convierte en tiempo: la familia, los amigos empiezan a recordar y a contar que cuando yo era chiquita o que cuando ellos eran chiquitos... Se preguntan cómo será esa personita que viene, qué cara tendrá, ¿será niño o niña?. Y así, se inicia un vaivén permanente entre el pasado, el presente y un futuro imaginado.

Entonces aparecen un montón de recuerdos que se empiezan a resignificar. La casa que yo había habitado años atrás se re-dimensionaba, tal cual como había pasado con mi cuerpo.

La casa

Permanece ahí, llenándose poco a poco, quizás de recuerdos, de lugares o de sonidos de una gran nostalgia. Y cuando esto pasa la memoria toma lugar y el cuerpo se dobléga, se pliega en busca de un territorio, de una casa que no es una casa, de una mesa que no es una mesa. De una mesa, de una casa.

¿Realmente importa saber qué es cuando es suficiente el abrigo que proporcionan los límites al meterse debajo de una cama, de una mesa o esconderse detrás de una columna en busca de la protección imaginaria, de la invocación de una memoria?

No importa. No importa que nos quede un pie o un brazo por fuera o que estemos completamente a la vista de los otros si el espacio nos ampara, y el cuerpo y el lugar se fusionan.

Somos una mesa cuerpo, una casa espalda, un insecto humano.... Nuestro cuerpo que no olvida nuestra casa inolvidable.

Sí, ¿cómo no sentirla inscrita en nuestro cuerpo? ¿Cómo no sentirla por momentos en nuestros pies o en los cabellos? Ahí, en cada paso que ansía el fresco de las baldosas de la casa, o en el mechón de pelo que ha sido estirado.

La casa pedía crear conexiones ya no solo con ese futuro imaginado que venía en camino, sino también con ese pasado que a ratos se mostraba claro y en otros desdibujados por la lejanía y la distancia con respecto a los lugares y las personas que habían rodeado la infancia.

Cuerpo, casa, imaginación del futuro, pasado borroso, todo se empezaba a unir y a resignificar a partir de las dimensiones y la lejanía en tiempo y espacio.

Exploración: Cuerpo-piñata

Juguetes y objetos almacenados durante años, ahora objetos de decoración de mi casa, hacían contrapunto con la presencia en mi cuerpo de lo que sería la pequeña

Liouba en gestación. Era inevitable no percibir mi cuerpo como un contenedor de fuerzas, de transformaciones, de contenido y también de secretos.

Surge entonces la primera imagen: mi cuerpo-piñata, el cuerpo como contenedor de elementos pequeños, que no son visibles para los demás y que poco a poco salen a la luz de manera sorpresiva. Un cuerpo que tiene la necesidad de cargar y trasladar su entorno, su pequeño mundo, así como los caracoles transportan su casa o como aquellas mujeres africanas que guardaron semillas en sus cabellos en el momento de ser llevadas y convertidas en esclavas en el nuevo mundo.

Es el cuerpo convertido en casa, en recuerdo, en la puesta en escena de un territorio de la memoria que brota a manera de pequeñas figuras de piñatas y de historias inventadas que tratan de explicar las razones por las cuales las cosas se hicieron más pequeñas o más grandes, estableciendo una relación entre la memoria, las dimensiones y el cuerpo.

Del paso de Bellita a Bellota

La habilidad de Tino y de Costa para contar historias ha sido un gran acompañante en la vida de la familia. Muerto Costa, sus historias se fueron olvidando,. Pero Tino continúa narrando y las películas han sido un buen comienzo para volver a contar y cambiar historias.

Algunas películas primero las escuché contadas por él y luego las vi en la programación del cine club inventado también por él en la sala de cine Santa Ana que pertenecía al señor Santana.

De este recuerdo perduran algunas imágenes que empiezan a acompañarme, como *Furia de Titanes*, película del 1981, dirigida por Desmond Davis, alrededor de los dioses del Olimpo, sus relaciones con los hombres y el encuentro entre Perseo y Medusa.

Algunos dioses me perturbaron más que otros. Inolvidable Medusa, con su cabello y mirada mortal. Para evitar su mirada y no ser convertido en piedra solo podía ser vista a través de un espejo.

Ver nuevamente *Furia de Titanes* hace algunos años, hizo que su magnificencia cayera. Los dioses, el Olimpo, se me presentaron ya no con la sorpresa y el toque sobrenatural con que yo los veía hace años y que Tino transmitía.

El mundo de los dioses ahora se mostraba como maqueta de mentiras.

Mundos pequeños que tienen ínfulas de ser grandes

Aquí hay nuevamente un encuentro-recuerdo que florece. ¿Cómo lograr traer a la realidad eventos de la memoria? ¿Traerlo en pequeño? ¿Cómo guardarlos? ¿Cómo llevarlos?

...más bien cómo acorralarlas, cómo hacerlas salir, arrancarlas del caparazón al que permanecen pegadas, cómo darles un sentido, un idioma: que hablen por fin de lo que existe, de lo que somos.

Quizá se trate finalmente de fundar nuestra propia antropología: la que hablará de nosotros, la que buscará en nosotros lo que durante tanto tiempo hemos copiado de los demás. Ya no lo exótico sino lo endótico. (Perec, 2010, p. 23)

Ah, lo pequeño, lo pequeño. Medusa, Santa Ana, maquetas = ¿Cuerpo piñata?

Seis de la tarde, la hora del pesebre

Ahí está nuevamente la familia de Santa Ana: María, José, Jesús.

Ellos nuevamente son acogidos a manera de evento religioso por el pueblo de Baranoa en diciembre. Como en muchas regiones de Colombia, se recrea el momento del nacimiento del niño dios, pero en espera, congelado, Todos están a la espera como lo indica la postura de las figuritas de María y José, cada uno al lado de una cuna vacía.

Otro mundo pequeño, hecho a pequeña escala para hacer accesible a los humanos el nacimiento de un representante celestial.

Mis figuritas de pesebre estuvieron guardadas por muchos años, aun cuando ya no creíamos en dios, pero la mayoría de ellas desaparecieron. Al parecer se las llevó una de las señoras que ayudaba a mi mamá en la casa. Las pocas que quedaron las volví a poner hace algunos años alrededor de un pequeño árbol de navidad que me regalaron y que por azar era idéntico al primer arbolito que tuve cuando hicimos con mi hermano nuestro primer pesebre.

Cada navidad saco el pequeño árbol con sus adornitos. Ya no celebramos nada, el tío Paco logró su cometido, Y sin embargo lo hago para seguir atrapando momentos.

Inventario

Pesebre: ya no queda nada, se lo llevó a escondidas la señora que hacía el aseo en la casa.

Juguetes: solo quedan los más pequeños. Las muñecas Esmeralda, Verónica, la mexicana; los angelitos de la torta de cumpleaños, los muñecos de la torta de quince años comprados en los negocios de pastelería del barrio Palermo; el principito regalado por un novio, el dinosaurio de Rafa, el pito de Rafa, el cascabel de rueditas del gato, el niño dios de Adriana, el inodoro también de Adriana, las bolas de pimpón recogidas en una piñata, las bolitas de uñita robadas a una amiga. Las muñecas grandes se las llevó a escondidas la señora que hacía el aseo en la casa.

Ropa: el vestido de matrimonio, la camisa de encajes, el saquito de Liouba hecho por una de sus abuelas. Ya no está la trusa fucsia con la que hacía clase de danza: se la llevó a escondidas la señora que hacía aseo en la casa.

Fotos: las de los amigos del colegio cuando hicimos la fiesta de despedida, de cuando nos tomamos las fotos para la tarjeta de identidad. La de las amigas de danza frente al León de Greiff y en el salón 209 del León de Greiff. La foto de la primera comunión al lado del Sagrado Corazón en la iglesia de Santa Ana. La foto con mis papás en la sala antes de viajar a Bogotá a estudiar en la universidad, la foto de cumpleaños con la abuela y los vecinitos en la sala de la casa.

Cabellos: todos los que se me han caído después del nacimiento de Liouba.

Joyas: los aretes de la abuela de Colin, el collar de perlas que regaló la mamá de Mufan.

Cartas de cuando me fui del pueblo: de las amigas de colegio Ivonne, Belkis, Mariuxi, Irene, Mabel, de los amigos del barrio la Ñaña, Jeri, Boris, Carmencita, Bleidy, la mona, el nene, Martica, de mi papá, de mi hermano. Mi mamá nunca escribió.

Dibujos hechos por mí: de bailarinas, de paisajes, de juegos.

Piedras: las primeras recogidas por Liouba y las robadas a una amiga.

Dulces: las muñecas de azúcar compradas en barrio Abajo a cinco cuadras del apartamento de mis papás, los supercocos guardados después de la muestra desaprobada por los maestros Heidi, Víctor y José Alejandro, la galleta que me regaló Ricardo, el bombón rojo que me regaló Tzitzí.

El recuerdo y la distancia

El recuerdo ha permitido replantear las distancias, las formas y las dimensiones.

En un tiempo la distancia entre Baranoa y Barranquilla la medía la capacidad pulmonar del abuelo, el balanceo de su burro y sus cuatro tabacos. Él empezaba su recorrido por la mañana y cuando terminaba su cuarto tabaco era medio día y ya estaba en la entrada de Barranquilla. Luego cuando yo partí de Baranoa a Bogotá fueron 20 horas en bus. Ahora cuando regreso me toma hora y media en avión.

Pero estas distancias ya no se recorren geográficamente. Estas han quedado resumidas en objetos. A ratos esto ha hecho que los mapas ya no sirvan como guías para llegar o entender a cuántos kilómetros se está de un lugar, o para calcular cuánto tiempo falta para llegar. La distancia que separa de un lugar ha pasado a ser una sensación contenida que se detona, se rompe y se expulsa a través de la presencia de objetos.

Una foto, un dulce, un color, un ruido y ahí están los 900 kilómetros de distancia superados en un abrir y cerrar de ojos. Aparecen los baldosines amarillos y verdes, la luz que entra por la puerta que siempre ha estado abierta, el cacareo de las gallinas de al lado, el cielo raso que ahora roza la cabeza y la capilla en el patio de una virgen que ya no es Santa Ana sino Guadalupe.

– ¿Qué es la memoria? preguntó Guillermo Jorge.

–Es algo que se recuerda –contestó su papá.

Pero Guillermo quería saber más. Fue a ver a la Señora Marcano, que tocaba el piano.

–¿Qué es la memoria? –preguntó.

–Algo tibio, algo tibio.

Fue a ver al Señor Tancredo, que le contaba cuentos de miedo.

–¿Qué es la memoria? –le preguntó.

–Algo muy antiguo, muchacho, algo muy antiguo.

Fue a ver al Señor Arrebol, que era loco por el beisbol.

–¿Qué es una memoria? – le preguntó.

–Algo que te hace llorar, jovencito, algo te hace llorar.

Fue a ver a la Señora Herrera que caminaba con bastón de madera.

–¿Qué es una memoria? – le preguntó.

–Algo que te hace reír, mi cielo, algo que te hace reír.

Fue a ver al Señor Torsosa Escalante, que tenía voz de gigante.

–¿Qué es una memoria? – le preguntó.

–Algo precioso como el oro, niño, algo precioso como el oro. (Fox, 1988, pp. 8-11)

El estar y no estar al mismo tiempo en el presente con sus recuerdos ha ido deformando las formas, las historias. Tino se ríe cuando escucha las versiones de sus versiones contadas por mí, la Bellita, la Bellota.

La ventana

La sala, la cocina, las habitaciones, toda la casa, sigue ahí, ocupada por la tía, los muebles y muchos objetos que han sido acumulados a lo largo de estos años.

La lámpara sigue siendo amarilla, el colador continúa con los mismos tres inmensos huecos, a la mesa le sigue faltando la cuarta pata y en la mecedora el gato hace sus siestas más prolongadas.

Todo sigue igual: amanece a la misma hora y el frío de la mañana sigue siendo frío. El reloj de cuerda sigue dando la hora, las cinco de la mañana sigue siendo el momento de levantarse, las dos de la tarde la hora para buscar sombra.

Todo sigue igual: la lámpara, el colador, la mesa, el gato, la mecedora, el reloj.

Por eso es mejor irse a la ventana, desde allí las campanas del reloj casi que no se escuchan, los huecos del colador ni siquiera se ven, el gato encima de la mecedora logra tapar la mesa y el aire que entra por la ventana pasa a los pulmones

y sube rápido a la cabeza. No se queda ahí, en la garganta, atascado y burbujeante, sube rápido, te llega al cuero cabelludo, el cabello flota para que por fin sea posible el dibujo de una sonrisa en el rostro.

Ya no duele el dedo gordo como tampoco el pecho , ya no sientes nada, ni las costillas, ni los brazos, ni las piernas, ni el pelo que ha sido siempre estirado y el llamado de los abuelos ni se entiende, así que no hay por qué ir.

Ahora es tan fácil llenar todo de agua, inundarlo con una sola lágrima, desde aquí, desde la ventana, desde este lugar en donde la mesa ya no es la mesa, el gato ya no es el gato y el colador ya no es más un colador, son simples y minúsculas figuritas de piñatas.

El alma y el cuerpo

Se pensaba en ellos cuando llegó la primera nevera eléctrica a la casa. Cada vez que alguien abría su puerta, ella se iluminaba por dentro.

Ese aparato tenía alma, guardaba su luz y también tenía fresco.

¿Cómo no pensar que ahí estaba el alma y también el cielo?

Mirar hacia afuera y hacia dentro. Estar recorriendo el cuerpo a través de los objetos guardados, unos en la cabeza, otros en el pantalón, otros en la ropa interior; están ahí esperando salir, pero también está la voz, silenciosa con poca potencia, solo rumora, tararea. Se hace difícil su proyección.

Adentro, afuera, ¿será esto el alma? ¿La capacidad de poder imaginar e inventar un adentro en contrapunto con un afuera que sí es visible?

¿Qué puedo saber e inventar de ese adentro?

Sí, esa es mi alma: ese dulce que guardo, ese ratón que escondo en el bolsillo, esa cinta azul que llevo en el cinturón que nadie más puede ver; esa voz que guardo, que escondo; esas piedras que recojo, que llevo, que amaso, que transformo, que sostengo, que convierto en mi estómago, que se convierten también en mi adentro y que dejo caer.

La historia del alma

A ratos aún sigo pensando si realmente existe el alma. Me muerdo y me pellizco para imaginar que ese dolor es señal de molestia de ese adentro, que está guardado y que es más pequeño que esta otra superficie exterior que puedo ver cuando me miro a través del desagüe de la cocina.

También la busco cuando me pongo a girar o a saltar sin parar y me detengo rápidamente para sorprenderla. Ahí puedo darme cuenta de que mi alma sí existe y que ella sigue dando vueltas y pegando brincos, que no puede parar y que por esa razón estoy a punto de vomitar.

Hay personas que sí han podido comprobar su existencia, entre ellas la abuela.

Antes de morir me contó que ella también se había hecho esa misma pregunta y el camino que había encontrado para atraparla era hacerse cada vez más pequeña con el paso de los tiempos. De esta manera llegaría el día en que su cuerpo y su alma tendrían las mismas dimensiones. Pero ella nunca pensó que su alma podría ser tan pequeña, hasta el punto que tuvimos que velarla en la caja de fósforos más chiquita que vendían en la tienda de la esquina.

(Relato inspirado en una anécdota contado por Calafia Pina)

Los pies

A ratos se hace difícil mantenerse de pie y poder mantener la calma.

Esto podría suceder por muchas situaciones: No querer ensuciar los zapatos nuevos, estar sobre un piso muy caliente, después de un desmayo, estar agotado, caminar sobre un pasamano, querer aprender a caminar.

En esos momentos el caminar ya no es tan seguro. Conseguir esa relación habitual entre nuestros deseos de desplazarnos y de relacionarnos con el mundo a través de nuestros pies, se altera: el mundo se vuelve inalcanzable, la tierra se hace movediza y el tiempo vertiginoso. Dar un paso se convierte en toda una conquista de la estabilidad y también de lo desconocido.

Los pasos

Y éste ¿hacia dónde? Tan seco y tan distante

que me detengo para oírlo volver a mi cuerpo,

para sentir entrar la sangre que arrojaba

al avanzar en círculo donde estuve parado,

Inmensamente triste con mis cosas,

tan próximo a la jaula donde chilla mi papagayo rojo,

mi hermoso cinturón del Norte (de Piura o de Chiclayo,
no recuerdo).

Cuando niño di muchos,
aquéllos cuentan hasta morir,
los más puros y crueles.
Aquél hacia la mariposa o hacia el gato
que murió al poco tiempo,
o aquél hacia la madre,
para llorar sobre su oscura falda sin olores,
sobre su vientre que amo todavía como mi casa,
pecera, nido sombrío y fresco.
Hay otros. Cada uno de ellos da dolor,
de sed aquel que lleva al agua
y el del amor es hueco, desdentado,
aliento pesado que me arroja en el más negro llanto,
en extrañas posturas de mono,
riendo de los dientes afuera
con las risa como una flor carnívora (...)

(Blanca Varela)

Caminar ahora con la memoria en los pies y darle un lugar, una casa de cristal: mis frascos de conservas. Frascos almacenados que han guardado el sabor de comidas pero también el sonido, el color, las formas de juegos, cartas, prendas, dulces, juguetes... Dar un paso, iniciar el recorrido con ellos, caminar sobre ellos, y empezar a tambalear y perder el equilibrio, como en aquellos tiempos en donde se jugaba a ser más grande y sólo importaba tener como zapatos los tarros de latas de aceite.

En esa lucha por mantenerse estable es como si el cuerpo renunciara a estar por fuera de su eje e insistiera en dominar su verticalidad, ese equilibrio grato acompañado con la quietud de las cosas y de las formas.

¿Es esto también recordar?

Recuperar en cada paso esa pequeña caída, ese momento de inestabilidad, de pérdida, entre lo recordado y lo olvidado.

De regreso a los pies: en la falta de estabilidad casi que logran la misma sensibilidad de las palmas de las manos y esto los convierte en ojos que buscan reconocer los trayectos ya recorridos y rastrear nuevamente el equilibrio. Y a pesar del tambaleo, del paso incierto, del caminar sin rumbo, “es ahí cuando el espacio habitado trasciende el espacio geométrico” (Bachelard, 1975, p. 59) y aparece la casa de la memoria, muchas veces fragmentada,

desordenada,

con el techo en el piso,

con los escalones en las manos,

con los baldosines amarillos, verdes.....amarillo, amarillo, verde.....verde, amarillo, verde, amarillo.....amarillo...

Con el grito de patio a patio de la abuela llamando a su vecina,

con la sala de cine a cielo abierto y con las estrellas como techo,

con la calle nueva que es nueva desde hace 50 años,

con la esquina en donde se devuelven el viento y los buses,

con el inmenso tanque del acueducto que nunca se llenó de agua pero que terminó convirtiéndose en el mejor mirador del pueblo,

con el árbol del ahorcao,

la mata de plátano, la alberca, el pozo, el desagüe, el callejón,

la tía, el gato, los zapatos, la bola de candela, la plaza, el callejón oscuro, la gallera, la señora Betty, el atrio de la iglesia, los supercocos, el raspao, el niño dios y nuevamente el dolor en los pies.

Dolor por los cambios de talla, de temperatura, de las texturas, de las oscuridades, de las edades.

La llegada de Liouba

Soy un cuerpo que solo duerme por intervalos de horas, se despierta por el llanto, el gorgoteo, la respiración ansiosa.

Este cuerpo ahora trata de entender, encontrar explicaciones, razones, pero solo hay emisiones, micciones, sonoridades que se escapan al lenguaje y la organización gramatical de un sentido.

¿Por qué solo el llanto?

¿Cuando llegará la sonrisa y la risa?

Intento acallarme, volver a bailar o más bien aprender a bailar nuevamente, desde la necesidad de ese otro cuerpo que busca calor, balanceo, limpieza, comida, comida, comida. Ahora que mi cuerpo produce comida.

El sueño se interrumpe, quizás para hacer más fácil el paso a la ensoñación del cuerpo. La memoria falla, cuesta agarrarse a la realidad, que ahora se muestra interrumpida y sumamente repetitiva.

¿Era el lado izquierdo o derecho?

¿Ya desperté?

¿Me volví a dormir?

¿Esto lo hice ayer? ¿Hace dos horas? ¿O lo acabo de hacer?

En esta repetición el cuerpo balancea, estrecha, sujeta, sostiene.

No hay palabras, solo cuerpos con necesidades y otros con intentos de saciarlos a través de la cadencia de ritmos y de rutinas que ordenen la presencia en el mundo de ese llanto.

Pasar del silencio a la palabra tomó tiempo

Los hábiles contadores de historias, de anécdotas inventadas o exageradas, como Costa, Tino, Luc, Urbina dejaron por un tiempo la marca del silencio en el resto de los que no tenían esta facilidad. Pero también nutrieron una memoria colectiva que se fundamentaba en la palabra errante, aquella que surgía en los momentos de diversión o de divagación.

Por medio de esa palabra errante se mezclan los temas de la memoria colectiva remota o cercana, los lugares comunes transmitidos por la radio, las leyendas oídas, el arreglo caprichoso de una geografía del espacio conocido porque en él se caza al musmón o porque se le atraviesa para llevar a Tozeur la cosecha de dátiles. De aquella charla surgen la broma y la burla. Los hombres reunidos en torno al gaddus no están allí para vigilar la distribución del agua. Algunos llegan simplemente para hablar, para jugar con las palabras, burlarse de este o de aquel, relatar viejas querellas, evocar aventuras reales o ficticias. Todo el día transcurre en aquel estado de semificción, de divagación mental, de bricolage imaginario. (Duvignaud, 1982, p. 27)

Entre tanto el silencio organizativo de recoger hojas, piedras, comer fósforos dialoga con estos momentos discursivos desde la dificultad de la palabra. Pero de la misma forma que la palabra errante de estos hombres de la familia extraviaba el tiempo y el espacio, el silencio también lo hace.

Condiciones, como ya mencioné, permitieron manifestar la prioridad del gesto sobre la palabra a través de la habilidad para bailar, para pelear, para jugar, pero no para hablar y sociabilizar.

Pero finalmente con el paso del tiempo, la palabra y el gesto se fusionaron en el momento en que el silencio permitió en una de las tardes de guardería decidir no ir al baño y dejar que las ganas de orinar se hicieran realidad e invadieran todo el espacio. Y ante la pregunta ¿quién fue?, la palabra y el gesto se fusionaron: ese niño fue.

La palabra sigue tomando lugar en años posteriores:

En los recitales de poesía de la escuela, en las fonomímicas de los actos cívicos del colegio, en los exámenes orales de la clase de Biología, en los estudios de Literatura, la Danza y ahora en el rol de mamá.

La palabra, el gesto, la voz, la escritura empiezan a entretrejerse en medio de poemas sobre el viento, ratones, Margaritas y el mar, el descubrimiento de América, clases de biología y sus lecciones aprendidas sobre los tubérculos y el sistema digestivo, canciones de Paloma San Basilio y Amanda Miguel, de lecturas de *En busca del tiempo perdido*, *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, también *María, Dolores, Aura y las Violetas*, ellas personajes femeninos que encontraron su voz, su yo mediante su escritura privada, la nostalgia y la enfermedad, obras de danza que me pedían hablar de recuerdos memorables¹, de qué era la danza contemporánea, de por qué escogí la danza como oficio, de quienes habían sido mis maestras de danza en la infancia y ahora las conversaciones con la pequeña Liouba que luchan entre mi silencio lleno de dudas, temores y las insistencias pediátricas sobre la importancia de hablar, de nombrar las cosas, de repetir, de repetir...¿de recordar? de caminar, de recoger, de guardar, de almacenar, de tensar, de llorar, de comer, de entrenzar, de echar raíces en el aire, de echar entrenzados para llegar hasta mí. “Échame tus entrenzados para llegar hasta ti.”²

Los entrenzados que tensan los elementos del tiempo y el espacio, sí, así como me escribió Calafia³, quien también me preguntaba por qué en todos los pequeños lugares había ahorcados. La vida empieza a compartirse o más bien a dejar de ser una propiedad individual y Mañe⁴ también me comenta cómo la presencia de la tienda del cachaco, igualmente había sido una marca temporal en su pueblo. Adriana señala la presencia de lo real maravilloso cuando lee algunos de estos textos que he construido a partir de las memorias, individual y colectiva, pero Yamile lo relaciona más bien con el realismo mágico de García Márquez. Tino, en cambio, insiste en que hay algunos recuerdos exagerados y que esa señora que menciono que hacía el aseo y que se llevó buena parte de mis recuerdos no existía y que más bien es una zona de mi cerebro que se rehúsa a recordar algunas cosas. Rafa me cuenta que él también jugó a montar en tarros de lata mientras Lina recuerda las cosas que ella también guardaba.

Y bueno, aquí estoy con mi vida alterada, un poco exagerada y también inventada, gracias a la escritura y también al cuerpo un tanto maltrecho. Y me pongo a pensar si estas exageraciones hablan de lo real maravilloso, del realismo mágico, y nuevamente la vida del pueblo me hace guiños y me hace recordar el frío de cuando llegué a Bogotá a estudiar y me hace presente nuevamente la

¹ Véase *Bogotá, cuerpo preparado, A y B*, obras de danza de la compañía La Arenera, dirigida por Margarita Roa. *Arrebato*, obra de danza de la compañía Danza Común, creación colectiva.

² Canción Échame tus entrenzados de Paulo Piña.

³ Compañera de estudios.

⁴ Compañero de estudios.

tensión que sentía mientras estudiaba en la Universidad Nacional, entre mi vida de pueblo y esta nueva que se daba en la ciudad, en la capital.

Creo que no hay nada más, no hay magia, no hay maravilla, solo múltiples y diversas vivencias de cuerpos en los cuerpos. Algunos viven más las mediaciones, como cuando se quería ver cine y era imposible pagar la boleta de entrada, así que lo más sencillo era crear una escalera humana, subirse al árbol más alto y ver desde allí la película, el que no tenía miedo a las alturas contaba a los más temerosos lo que sucedía en cada escena. Otros, no necesitan tanto de estas mediaciones del cuerpo como aquellos que quieren agua, y sólo tienen que abrir el grifo. Quizás en estas diferencias es en donde se viven las alteraciones de las escalas de lo humano para poder seguir viviendo y tal vez esta divagación de la memoria sea una oportunidad, “una apertura en el flujo de la duración, una ruptura en la continuidad de los comportamientos verosímiles” (Duvignaud, 1982, p.50) para empezar a jugar, ¿quizás al fusilao?...

La piedra cae sobre tu nombre, hay que tomar la pelota y lanzarla sobre el primero que se te atraviese y si no logras pegarle a nadie, serás llevado contra el muro y te lanzarán la pelota hasta fusilarte.

La espalda y el estómago se remueven esta vez, a la espera de mostrar a esta nueva creación, que, sorprendida por la volatidad de la memoria, se pregunta: ¿Qué es un tamaño?

BIBLIOGRAFÍA

Bachelard, G. (1975). *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Duvignaud, J. (1977). *El juego del juego*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica LTDA.

Lewis, C. (2003). *Alicia en el País de la Maravillas*. Extraído el 6 de abril de 2012 desde: http://mimosa.pntic.mec.es/jgomez53/docencia/carroll-alicia_en_el_pais_de_las_maravillas.pdf

Fox, M. (1988). *Guillermo Jorge Manuel José*. Caracas: Ediciones Ekaré.

Varela, B. (2013). *Los pasos*. Extraído el 1 de junio de 2013 desde: https://www.facebook.com/permalink.php?story_fbid=323941864323542&id=192264694157927

MATERIAL AUDIOVISUAL

Danza Común. (2010). *Arrebato* (vídeo). Bogotá. Disponible en : http://www.danzacomun.com/Obras/Arrebato_2.mov

Fueter, P. (productor) y Svankmajer, J. (director). (1988). *Alice* (película). Checoslovaquia : Condorfeatures. Disponible en: <http://vimeo.com/59955158>

La Arenera. (2011). *A y B* (vídeo). Bogotá. Disponible en: http://www.danzacomun.com/Obras/A_y_B.mov